

LA VERSIÓN DE LIMANTOUR

Jorge Fernando ITURRIBARRÍA

EN SUS *Apuntes sobre mi vida pública*, tanto tiempo diferidos y recientemente publicados, don José Ives Limantour rechaza los cargos que “científicos” y políticos del régimen caído le formularon —entre ellos Macedo, Pineda, Bulnes, Calero y Dehesa— sobre su responsabilidad en los acontecimientos que culminaron en los cambios ministeriales y en la renuncia del general Díaz.

Se ha asegurado que la razón primordial que inclinó a Limantour a imponer esa línea de conducta, desde que se hizo prácticamente cargo de la situación política al llegar a México el 20 de marzo de 1911 procedente de Nueva York, fue su anhelo inconfesado de asumir la presidencia de la República, ya fuere mediante una elección directa, si contaba con el apoyo de Madero (lo que resultaba improbable), ya figurando como vicepresidente, merced a alguna transacción con el maderismo (lo que ya no parecía tan difícil al inicio de las pláticas del Hotel Plaza). Limantour, al tratar de desvirtuar esos cargos, se cuida de dejar establecido que, a despecho de las reiteradas instancias que dice haber recibido del general Díaz para prepararlo como su sucesor en las elecciones de 1910, sistemáticamente se rehusó; y que siguió firme en su negativa cuando la situación del país le franqueó la oportunidad de ser el presidente provisional en 1911: por eso habría continuado como titular de la Secretaría de Hacienda, negándose a aceptar la cartera de Relaciones que (afirma él) le propuso el caudillo oaxaqueño.¹ En efecto, dice que

cierta mañana del mes de agosto de 1899, y hallándose conmigo el presidente en el Castillo de Chapultepec acordando asuntos de Hacienda, interrumpió bruscamente

esta labor para decirme que quería hablarme de las próximas elecciones presidenciales. Después de una larga exposición de las razones que le inducían a no desear su reelección para el período de 1900 a 1904, razones que son bien conocidas de todo el mundo por haberlas hecho públicas él mismo en diversas ocasiones de su vida, me manifestó que había adquirido la convicción, en vista de las cualidades y aptitudes que había yo demostrado tener, y del resultado de mi gestión hacendaria que tan buena acogida mereció del público, de que yo era la persona más a propósito para sucederle en la presidencia de la República y que, en tal virtud, había concebido la idea de presentar y apoyar mi candidatura.²

Dice Limantour que objetó al general Díaz que “se creía enteramente incapacitado para desempeñar de una manera satisfactoria tan alto cargo”, pero que pasado algún tiempo volvió a insistir el presidente diciéndole que

no era un desconocido en el campo de la política, según lo demostraban las diversas publicaciones que se habían hecho ya en varios periódicos y en algunos otros órganos de la opinión pública, presentándome como hombre capaz de servir a la patria no sólo en el ramo de Hacienda, sino también en cargos elevados de carácter político; que en cuanto a mi falta de relaciones y, sobre todo, a la hostilidad que pudiera presentarse por parte de algunos jefes del ejército, él se encargaría de subsanarlas; que en lo relativo a mi nombre y el origen de familia, creía que sólo entre cierta clase de gente, por su falta de cultura, podía encontrar eco alguna prevención, cosa que transcurrido un poco de tiempo desaparecería por sí sola; y que por lo que tocaba a los temores de mi familia por el mal estado de mi salud, eran ciertamente exagerados, pues en opinión del doctor Liceaga, esa delicadeza de mi salud obedecía a un estado de anemia fácil de combatir.³

Cuando en 1898 el presidente, a instancias del general Bernardo Reyes, visitó Monterrey, asegura Limantour que aquél tuvo una larga conferencia con éste, en la que, según Reyes le declaró, “Díaz le pidió que lo hiciera popular en el ejército e influyera cerca de los fronterizos prominentes, de tal manera que hallara un terreno bien abonado para su fácil exaltación al

gobierno del país cuando fuere oportuno"; que el general Díaz a continuación interrogó a su interlocutor sobre su disposición de ir a México, caso de necesitar sus servicios, y que la respuesta fue afirmativa; pero que cuando se presentó la oportunidad, con gran decepción de don Bernardo sólo se le confió entonces el puesto, bien modesto para un gobernador de Nuevo León y comandante militar de la frontera, de Oficial Mayor de Guerra, en lugar de la Secretaría que esperaba. No fue sino hasta enero de 1900, por la muerte del titular de esta cartera, general Berriozábal, que pasó el general Reyes a ser ministro del ramo.

Asegura Limantour que, como corriera la versión de su posible candidatura presidencial entre políticos y algunos sectores de la opinión pública, se vio obligado a desmentirla en "declaraciones terminantes y repetidas".

Por este tiempo el Secretario de Hacienda salió para Europa, con el doble objetivo de atender a su salud y gestionar el viejo proyecto de la conversión de la deuda exterior. Inserta en sus *Apuntes* una carta fechada el 13 de julio de 1899, suscrita por el general Díaz, en la que el prócer se preocupa por su salud y hace votos optimistas por su pronta recuperación, porque, perseverando el presidente en el mismo propósito de hacerlo figurar como su sucesor, le dice:

Yo esperaré en actitud expectante hasta septiembre u octubre que será lo más que pueda entretener a los impacientes. Tengo mucha confianza en que para entonces la salud y el ánimo de usted se hayan galvanizado con el reposo, en términos que si no le permiten volver al trabajo, nos dejen predecir la fecha en que eso podrá ser y proceder en consecuencia; si para entonces, que no lo espero, no tuviéramos datos para fundar un juicio sobre el porvenir, o no pudiéramos aventurar aclaración, dejaré obrar a los que tengo en expectativa y daré contraorden a los iniciados; y como entonces a nadie llamaría la atención un trueque con don Ignacio [Mariscal], sacándole ventajosa y decorosamente, semejante situación a más de dejarnos tiempo aplicable a una curación radical o descanso largo que, en último resultado, es lo que usted necesita, nos pondría en aptitud de ensayar una sustitución de dos o tres años, que por sí sola haría lo demás, y *me permitiría hacer lo que usted hace actualmente.*⁴

Pasando a otro importante aspecto de la vida política de Limantour, éste no inculpa al general Díaz de la maniobra que se le atribuye para imposibilitarlo como candidato a la presidencia, sino a los enemigos de los "científicos" o sea al grupo jefaturado por el licenciado Joaquín Baranda, secretario de Justicia, y por don Teodoro Dehesa, a la sazón gobernador de Veracruz, "de donde partió la activa campaña emprendida para sostener la inhabilidad de los hijos de extranjeros nacidos en el territorio nacional para ocupar los altos cargos públicos en que es necesario llenar el requisito de ser mexicano por nacimiento".⁵ Limantour declara en sus aludidos *Apuntes* que nació en la capital del país, en donde hizo sus estudios hasta titularse abogado; que, con excepción de cuatro meses que se ausentó de México para atender su salud, vivió siempre dentro del territorio nacional, y que, aun siendo legalmente innecesario, al cumplir la mayoría de edad tuvo el cuidado de comparecer ante la Secretaría de Relaciones para hacer una declaración sobre su nacionalidad mexicana, por lo que considera una gratuita intriga de Baranda el contenido del dictamen de la Secretaría de Justicia, que lo declaró francés.

Es digna de acotarse también la referencia sobre una insinuación suficientemente clara de un escondido intento de deslealtad para con el general Díaz, que atribuye Limantour al general Reyes, en quien —dice— notaba cierta inquietud, ya siendo éste Secretario de Guerra, para que ambos compulsaran al presidente por distintos medios a fin de decidirlo a emprender el viaje que proyectaba a Europa, maniobra que dejaría a Limantour en el interinato:

...se ponía a hablar de las muchas cosas que haríamos los dos estando yo en la presidencia. Mis observaciones negativas o dilatorias lo contrariaban a tal grado que alguna vez me pasó por la mente la sospecha de que tenía algún loco propósito que no se atrevía a llevar al cabo, hallándose el general Díaz en pleno ejercicio de sus funciones, pero que no vacilaría en ejecutar si, ausente el presidente, lo estuviera sustituyendo un hombre, como yo, que carecía de elementos militares y del prestigio necesario para contrarrestar un golpe de audacia.⁶

Poco después, a fines de 1902, se produjeron los ataques contra Limantour en una campaña de prensa sostenida con recursos proporcionados por barandistas y dehesistas, campaña que concluyó con las pruebas evidentes de que el hijo de don Bernardo, el licenciado Rodolfo Reyes, había sido el autor de varios artículos inspirados en el afán de hacerlo impopular y presentarlo como jefe del *grupo científico*. Como se sabe, la denuncia del ofendido ante el presidente determinó la salida de Reyes de la Secretaría. Limantour, sereno como era y aun calculador y frío, pudo disimular su resentimiento, pero, contra su costumbre, castiga en su libro al general Reyes con duras frases, en las que se advierte el empeño de hacer pública su deslealtad:

Si la conducta del general Reyes para conmigo fue nada menos que incorrecta, como autoriza a creerlo, desentendiéndose de todas las demás circunstancias, el sólo hecho de haber tolerado, sin dar paso alguno para poner en claro su actitud, que su hijo de veinte años lo pusiese en una de las situaciones más crueles en que puede verse un hombre de honor, la que observó con el presidente merece calificarse de una manera aún más dura, porque estaba obligado hacia él no sólo por los antecedentes de amistad y amplia protección con que lo había distinguido siempre, sino también, como se ha dicho, por el compromiso expreso que con él contraí de procurar por todos los medios que estuviesen a su alcance rodearme del prestigio y de las simpatías del ejército y de sus amigos personales, compromiso que en realidad no lo ligó conmigo puesto que jamás acepté sus ofrecimientos para el objeto que perseguía el presidente.⁷

Con finísima retórica, Limantour atribuye el desistimiento del general Díaz, en relación con sus planes de heredarle el poder, a la decepción que en su ánimo le causó la conducta del general Reyes; en efecto, consideraba la colaboración de éste en la Secretaría de Guerra como el pivote para que en México —en aquellos tiempos— se pudiera sostener un presidente civil:

En lugar de preocuparse por llevar a cabo su determinación de prepararse un sucesor, el general Díaz hablaba menos que nunca de su proyecto de separarse del poder,

y es que tenía muy fresco el recuerdo de la conducta del general Reyes, fenómeno psicológico muy humano después de la grave decepción que le causó el hombre en cuyo concurso descansaba por completo la realización de su programa. Piénsese en la importancia de dicha cooperación no sólo por lo que significaba en sí misma, sino por la esperanza que tenía el general Díaz de que me alentara Reyes a acceder a sus deseos. Faltando esa colaboración, y habiendo en su lugar surgido graves motivos de inquietud para el porvenir, no era de extrañarse que el presidente se desanimase y aplazara por algún tiempo la ejecución de su proyecto.⁸

Con estas palabras Limantour señala a Reyes como único culpable de haber echado a perder la combinación política de los dos predestinados, y absuelve al general Díaz de toda responsabilidad.

Al tocar el tópico tan espinoso de la vicepresidencia, considera Limantour el difícil paso de su institución como un triunfo personal suyo, por la reiterada renuencia del general Díaz a admitirla. Entre una de las muchas notas (a manera de diario) intercaladas en los *Apuntes*, que dejó su autor como guía de memoria para desarrollar después el tema —lo que no hizo—, dice:

Éxito feliz que alcancé a mi regreso [de Eurppa] convenciendo al presidente de la necesidad de presentar sin pérdida de tiempo la iniciativa de reforma constitucional relativa a la vicepresidencia. Rapidez en la tramitación y fecha en que fue promulgada la reforma.

Reconoce que esta idea de establecer la vicepresidencia la trajo él de Europa, por los “temores de los hombres de estado de la América del Norte, Inglaterra, Francia, Alemania, etc., y de los banqueros y hombres de negocios de esos y otros países con quienes tenemos ya ligas estrechas de interés, tocante a las consecuencias de la acefalía del gobierno, en que los hizo pensar la reciente enfermedad del general Díaz, y a la falta de un fuerte partido gobiernista capaz de asegurar la transmisión tranquila del poder a una persona que tuviese la experiencia y popularidad necesaria, ya conocida de antemano para librar al país de una

grave conmoción política”.⁹ Refutando a quienes interpretaron su interés por establecer la vicepresidencia con fines egoístas, hace un panegírico de la institución cuando el elegido lo es por el mismo partido elector del presidente, porque corresponde al “sistema de sustitución que presta mejores garantías, siempre que el vicepresidente sepa conservar su prestigio y la confianza del propio partido”. La teoría de Limantour falló en México, si no con la primera elección de Corral, sí con su reelección, sin mengua de su mucho o poco prestigio y tampoco sin hostilidad hacia la maquinaria electoral del porfiriato —ya que en México propiamente no había partidos y sólo entonces surgió el Antireeleccionista—; dicha reelección derramó el vaso y desencadenó la Revolución de 1910, sin que se niegue, como es obvio, la concurrencia de otras múltiples causas.

Asegura Limantour que al instituirse la vicepresidencia, el general Díaz le habló varias veces, ahora, sobre la conveniencia de que aspirara a ella, y asegura que, igual que antes, rechazó la sugerencia, no sin mostrarle su gratitud por tamaña distinción. Agrega que, entonces, el general Díaz la respondió en tono molesto: “No es materia de gratitud sino de un deber que el patriotismo le impone a usted”.¹⁰

Esta negativa, según Limantour, dio pábulo a la versión de que estaba distanciado del presidente y que aun proyectaba separarse del régimen; se decía que el verdadero motivo de la situación era que él se había opuesto a la creación de la vicepresidencia. Añade que, como la noticia, así deformada, cundió por los estados en ocasión de requerirse el voto de la mayoría de las legislaturas locales para que esta reforma quedara legalmente sancionada, el general Díaz se vio obligado a dirigirse por carta a los gobernadores, haciéndoles la aclaración de que, contrariamente a lo que se pensaba, Limantour, había sido uno de los más entusiastas patrocinadores de la idea. En esa misma carta, fechada el 8 de febrero de 1904, dice Limantour que agregó su suscriptor la frase ya conocida en que, según algunos comentaristas, estaba la maniobra para invalidar a Limantour como probable candidato a la vicepresidencia, y que dice: “. . . y en cuanto a su propósito [de Limantour] de no figurar en la elec-

ción para el delicado cargo de la iniciativa, obedece a una resolución tomada por él desde hace varios años, de no desempeñar más cargos públicos que los que le permitan hacer una labor meramente administrativa”,¹¹ aclaración que se ha considerado como sospechosa por su acusada oficiosidad. Meses después Limantour hizo declaraciones extensas en *El Imparcial* del 4 de junio de 1904, sobre su “firme propósito de no aceptar encargo alguno político de carácter militante”.

No niega que cuando el general Díaz le pidió su opinión, visto su rechazo del cargo, sobre la persona o personas con aptitudes y méritos relevantes para ocupar la vicepresidencia, Limantour le propuso sin reticencias “al candidato de su preferencia”, don Ramón Corral; pero que para que el presidente no pensara que su opinión estaba más influida por los vínculos de su amistad con Corral, que por “los méritos intrínsecos del candidato”, le habló también con calor y admiración del licenciado Olegario Molina, ex gobernador de Yucatán y, a la sazón, secretario de Fomento. Es decir, que Limantour mezcló en la proposición a don Olegario sólo para despistar.

De las muy comentadas reticencias y titubeos de última hora que durante la Convención política sufrió la precandidatura de Corral, nada dice Limantour. Ya Corral en funciones, el autor de los *Apuntes* se duele de que el general Díaz no haya querido dar al vicepresidente “la participación debida en la dirección de la política”, lo que consideraba muy extraño, porque “Corral fue, al propio tiempo, su ministro de Gobernación. En los asuntos de elecciones muy pocas veces lo consultó, y lo peor del caso fue que, excepto para las de diputados y senadores de 1910, siguió llamándome a mí y no a Corral, para formar la lista de los candidatos gobiernistas, o mejor dicho para imponerme de los nombres de aquéllos que merecían sus preferencias, pues aunque escuchaba con atención las observaciones, acababa por hacer en esa materia lo que le parecía más conveniente”.¹² Así reconoce Limantour que el general Díaz siguió con Corral una política de absoluto aislamiento, vedándole todo acceso a los asuntos políticos y dejando en la sombra a su sucesor legal, pese a que Corral seguía desempeñando la cartera de Gobernación.

Con sobra de razones considera Limantour esta actitud como contraria a la conveniencia nacional de recibir públicamente el espaldarazo, para que, en el caso, ya previsto, de fallecimiento o incapacidad física del general Díaz, Corral, empapado en las cuestiones de gobierno, tomara fácilmente las riendas del régimen sin contratiempos ni transiciones, lo que demuestra —comentamos nosotros— que el caudillo oaxaqueño jamás simpatizó con la idea de la vicepresidencia y que sólo la aceptó como un mal necesario, por su avanzada edad. Limantour conjetura que el general Díaz temió que, si daba militancia política a Corral, los “científicos” hubieran podido influir en él para tratar de imprimir al régimen rumbo diferente:

La desconfianza fue, pues, en mi opinión, la que cegó al general Díaz haciéndole perder de vista la necesidad de construir un partido gobiernista, grande y homogéneo, que bajo su alta dirección sostuviera a su presunto sucesor y permitiera a la nación ir poco a poco reformando y haciendo prácticas sus instituciones.¹³

Y después, tratando de hallar una explicación a la conducta del presidente, incluso por lo que se refiere a la incongruencia entre sus promesas de la entrevista Díaz-Creelman y el exabrupto reeleccionista de 1910, se hace Limantour la siguiente conjetura:

Es posible que, a pesar de su gran energía, se apoderarán de él un profundo desaliento y mayores inquietudes que nunca, ante el aspecto que fueron tomando las cosas en los últimos años; al menos esa es la impresión que me quedó después de varias de nuestras conversaciones íntimas. Eliminado yo del campo electoral por propia convicción y de modo definitivo; profundamente decepcionado el presidente del general Reyes por los acontecimientos de 1902; conector a fondo de la insuficiencia irremediable de otros candidatos posibles, y receloso de que Corral se tornara en instrumento de los “científicos” militantes, nada más natural que el general Díaz se haya desconcertado al palpar los obstáculos casi insuperables que presentaba el problema de la sucesión presidencial que tanto le preocupaba, y cuya resolución era cada día más apremiante.¹⁴

No deja de ser arrogantemente exclusivista la opinión que Limantour se formó de los intelectuales mexicanos no adictos al *grupo científico*, que considera de "insuficiencia irremediable". El tiempo demostró que había valores desconocidos para los hombres del régimen, que el cambio de situación hizo surgir.

Luego ensaya Limantour otra hipótesis para tratar de explicarse la actitud del presidente como resultado de la entrevista Díaz-Creelman:

su deseo fue el de provocar un movimiento en la opinión pública con la esperanza de que brotaran nombres prestigiados apoyados por grupos serios y numerosos, y así poder él escoger y favorecer la candidatura que en su concepto ofreciera mayores garantías, confiando siempre en que al fin y al cabo su voz sería escuchada, y sus indicaciones atendidas por las agrupaciones contendientes. De este modo debe haber creído atenuar cuando menos su responsabilidad, la que por el contrario aumentaría considerablemente si continuara designando, sin más criterio que el suyo, la persona a quien prestaría el gobierno todo su apoyo en las siguientes elecciones. Fue probablemente un ensayo de consulta al pueblo el que quiso hacer, pero reservándose para sí mismo la interpretación de la voluntad popular.¹⁵

Es posible, sin conceder, que esta fuera la explicación más viable del complejo histórico de la conferencia de Chapultepec; pero no resultaba probable que en un país sin la práctica democrática de los partidos políticos, sin iniciativa electoral, se produjera de la noche a la mañana el milagro de improvisarnos pueblo con militancia política, sin el antecedente de la tradición democrática. La auscultación popular en esas condiciones no encontraría respuesta.

Y como esa auscultación no dio ningún fruto, porque sólo apareció en el Norte un movimiento de simpatía favorable a la candidatura presidencial del general Reyes —contra quien el caudillo estaba terriblemente predispuesto—, asegura Limantour que él influyó activamente en el ánimo del general Díaz para que aceptara la séptima reelección de 1910, porque "este era el mejor medio de asegurar la tranquila transmisión del po-

der al vicepresidente”, y que en la reunión que con este motivo hubo en Chapultepec —a la que asistieron únicamente Limantour, Corral y don Olegario Molina— opinó que no debía el general Díaz renunciar a continuar en el mando sino hasta que se formara un partido gobiernista unido y disciplinado, con un programa en que se incluyeran las aspiraciones de la opinión pública:

El programa que esboqué consistía principalmente en reformas a la administración de justicia y del sistema y prácticas electorales, y en la renovación del personal político de la Federación y de los estados. Insistí de un modo especial en este último punto, porque así se quitaría a los agitadores que hacían entonces propaganda revolucionaria en la frontera norte, el pretexto que reconocía como causa la prolongada dominación de algunos grupos de personas en ciertos estados; e hice valer también la conveniencia de dar entrada a la vida y a los puestos políticos, a los que trajeran consigo ideas, métodos distintos y hasta elementos sociales nuevos que, agregados a los existentes, robustecieran y ensancharan los cimientos del gobierno. Llegué a decir al presidente, en apoyo de mi tesis, que debía comenzarse la renovación por los que formábamos parte del gabinete desde ya muchos años, para encontrar menos resistencia con los demás altos funcionarios de la Federación. De este modo los hombres de mérito que tuviesen ambiciones legítimas se tranquilizarían con la esperanza de que pronto se les presentaría una oportunidad de realizarlas.¹⁶

De primera intención parece extraño que Limantour propusiera la formación de un partido gobiernista, porque precisamente esta condición guardaba el único que existía. Empero, aclara una situación poco conocida cuando revela que los elementos que rodeaban al general Díaz se hacían ostensiblemente “una guerra a muerte”, pese a que todos juraban y perjuraban ser gobiernistas recalcitrantes, y que “el único vínculo que los unía era la adhesión personal al presidente, pero en manera alguna constituían algo que ni de lejos se pareciese a una organización política”, situación que explica, en parte, la rápida disolución que sufrió el principio de autoridad y la violenta crisis

política que antecedió al derrumbe del régimen, cuando la opinión pública se percató de que éste era incapaz de dominar militarmente la insurrección.

Que había grandes aspiraciones de constituir a la ciudadanía en partidos políticos, lo demuestra la formación del partido reyista en el Norte y la aparición, por ese mismo tiempo, del libro de Madero: *La sucesión presidencial en 1910*, libro que proyectó entonces una inquietante interrogación en el horizonte político de México. La reacción oficial fue desorganizar el incipiente partido reyista y el disimulado destierro, disfrazado de misión militar, del general Reyes en Europa. Pero, en cambio, el régimen no pudo evitar la organización del Partido Antirreeleccionista.

POCO DESPUÉS de celebradas las elecciones sale Limantour rumbo a París en misión financiera, para proponer la conversión de los títulos de crédito mexicanos del 4% a los del 5% emitidos en 1899; pero encuentra que los primeros no habían sido adquiridos en su totalidad y que una fuerte cantidad de ellos estaba en poder del Sindicato de Banqueros, lo que impide a esta organización bursátil comprar a México la otra mitad del último empréstito.

Esta situación y el quebranto en la salud de su esposa, hicieron que Limantour —así lo afirma— no pudiera cumplir con los deseos del general Díaz de acompañarlo durante las ceremonias de su toma de posesión el primero de diciembre de 1910. Cumpliendo con una formalidad de rutina en esos casos, Limantour le envía su renuncia como secretario de Hacienda, pero el presidente, en carta de 14 de noviembre, al hacer votos por la rápida curación de la esposa de Limantour, le confía que espera que esa mejoría “nos permita la continuación de usted en el gabinete, aunque no sea por todo el período”.¹⁷

Pero el ausente ministro no quiere o no puede estar en México para el primero de diciembre; al saberlo el general Díaz se molesta mucho. Roberto Núñez, el subsecretario de Hacienda encargado del despacho, a la vez amigo y confidente de Limantour, le escribe a París:

Presidente profundamente disgustado al conocer telegrama de usted. Me dijo que si usted no viene también él pedirá licencia [sic] y que le sorprende mucho que en los momentos solemnes en que va a tomar posesión nuevamente del gobierno, sus amigos lo abandonen. No puede conformarse con que usted no esté aquí el 1º de diciembre y espera que acatando sus deseos se embarque usted noviembre 12 o antes si es posible, aunque vuelva usted a ésa pocos días después de la inauguración del nuevo gobierno.¹⁸

Por fin, el presidente se conforma con la demora y manda decir a Limantour que no le admitirá la renuncia y que quedará en el gabinete como ministro con licencia.

MIENTRAS TANTO, llega noviembre y los sangrientos sucesos de Puebla del 19 de ese mes, el asalto de la casa de Aquiles Serdán y su muerte, y poco más tarde acaecen los disturbios de Chihuahua y Yucatán. Se había roto la larga paz porfiriana con pasmo de quienes no creían que se recurriera a la insurrección armada. Limantour, desde Europa, observa con atención los efectos que estas novedades provocan en las instituciones financieras quebrantando el crédito nacional, de cuya incolumidad él había hecho una mística. Escribe una larga carta a Núñez, que rebosa amargura, no sólo porque la batalla del crédito financiero en México fue obra suya —labrada en dieciocho años de tenaces esfuerzos—, sino porque no considera sinceras las lamentaciones del general Díaz por su prolongada ausencia. Dice que al salir para Europa se había llevado ya la impresión de que no era factor importante en las decisiones del presidente, porque sus opiniones fueron desoídas:

No olvide usted [—dice cuidadosamente a Núñez—] lo que ha estado pasando constantemente en estos dos últimos años, y menos todavía, las circunstancias que precedieron y acompañaron la candidatura de Dehesa, las elecciones de diputados y de magistrados, así como las locales de los estados. De haberse querido contar con mi opinión se me habría consultado, como era la costumbre antes, no obstante mi actitud reservada, y en lugar de eso se ha estado haciendo todo lo contrario de lo que yo he preconizado y

sostenido hasta con calor. ¿A qué responde, pues, el deseo de que me encuentre yo en México el 1º de diciembre? ¿A un cambio de conducta? Evidentemente que no, puesto que hasta los hechos de última hora nos revelan lo contrario. Hay que buscar entonces otra explicación, y ninguna de las que hallo me satisfacen, pareciéndome unas fútiles y otras poco justificadas.

Que la gente haga comentarios al ver que no estoy en México el 1º de diciembre, no es cosa que deba preocuparnos, porque los haría tal vez peores si regresase yo precipitadamente; y digo precipitadamente, porque es bien sabido que la conversión no está terminada y que en todos mis viajes anteriores mi ausencia ha durado siete meses, cuando ahora apenas llevo cuatro de estar fuera de mi país. Que la elección de nuevos ministros y de algunos altos funcionarios recaiga sobre personas que no sean de nuestro círculo, es también un temor que mi presencia no desvanecería por las razones que le he dado a usted en otra carta y que me parece difícil que puedan destruirse. No; créalo usted, la situación no habría cambiado, y mi apresuramiento en acudir al deseo manifiesto por el presidente en un momento de enfado, no habría contribuido a dar mayor peso a mis opiniones ni a mis consejos; lo contrario es lo más probable...¹⁹

Mientras tanto, el régimen había tomado injustas represalias contra los intereses de la familia Madero. Don Evaristo —el fundador de la industria vitivinícola de Parras— y el licenciado Rafael Hernández, primo del jefe de la Revolución, recurrieron en carta a Limantour quejándose de estos daños, considerándose víctimas inocentes de la complicidad que se les atribuye y denunciando “las locuras de Francisco I.” Estas represalias, que deben haber sido comprobadas por Limantour al regresar al país, son duramente reprobadas en sus *Apuntes*. Eso equivale —dice— “a precipitar a esas personas en la catarata de odios y rencores políticos que pronto los conduce a las filas revolucionarias”.²⁰

POR FIN, Limantour se embarca en Cherburgo, de regreso a México, vía Nueva York. Al llegar a este puerto se encuentra con una carta confidencial de don Roberto Núñez, en la que

le confirma la evidencia de sus preocupaciones y temores y le pinta la situación del país con colores realistas y veraces, que superan, con mucho, a lo que Limantour suponía:

He llegado a creer que al insistir en que usted venga se trata de que soporte usted toda la labor, toda la responsabilidad y todo el desprestigio que actualmente pesa sobre el gobierno, en vez de que esté usted en Europa, como ellos creen, paseándose y divirtiéndose; y que no es sincera la razón que dan de que regresa usted para cambiar el programa del gobierno, modificar todos los males existentes, substituir al desprestigiadísimo personal elevado del gobierno, a quien ya no soporta el país, y de que, en fin, trae usted una varita de virtud para convertir un país sumido actualmente en los horrores de una revolución, en aquella nación próspera y feliz que antes era México, en que la política se dejaba a un lado y todo el mundo se ocupaba de trabajar y de buscar sus comodidades, y que todo esto lo realizará usted mediante el apoyo resuelto e incondicional del jefe del estado.²¹

Anticipándose deliberadamente a los hechos, Limantour pasa ahora a referirse a las versiones sostenidas por varios de sus malquerientes o enemigos, que lo hicieron aparecer como aliado político o socio del general Reyes en París, para la instauración de una liga política futurista. En su rechazo inserta la carta que Reyes le dirigió, escrita en tono humilde y contrito por los desmanes periodísticos de 1902, y refiere las visitas que le hizo para sincerarse y sincerar a su hijo Rodolfo.

Cuando desembarca en Nueva York lo pone al tanto de la situación general del país —aunque paliando en mucho su gravedad— el licenciado Francisco León de la Barra, a la sazón embajador de México en Washington. Lo que no quiso disimular su informante fue el deterioro que habían sufrido nuestras relaciones diplomáticas con el país vecino, a pretexto de los incidentes de frontera, y la sorpresiva movilización del ejército y flota norteamericanos, puestos en estado de alerta.

Comentando Limantour esta situación en sus *Apuntes* sostiene la versión, discordante de otras opiniones, de que la actitud de los Estados Unidos contra el régimen del general Díaz era

una abierta represalia debida a que, durante la entrevista Díaz-Taft, se negó el presidente mexicano a prorrogar el permiso para que la flota norteamericana siguiera ocupando la Bahía Magdalena; por las negociaciones de la presa del Río Colorado, las activas gestiones del régimen para la devolución de El Chamizal; la protección que México dio al presidente Zelaya de Nicaragua, ayudándolo a salir de su país cuando había consigna de Washington para juzgarlo por un tribunal yanqui; la negativa de nuestro gobierno a la interesada proposición de celebrar tratados especiales unilaterales de comercio con los Estados Unidos, cuyos productos habrían invadido nuestros mercados convirtiéndonos en sus tributarios económicos; el rechazo de la exigente y aun insolente demanda norteamericana de modificar nuestra legislación bancaria en forma exclusivamente ventajosa para los intereses yanquis; la negativa de México a impedir la inmigración japonesa; la construcción del sistema interoceánico de Tehuantepec, con sus puertos de Salina Cruz y Coatzacoalcos, sin tomar en cuenta los intereses norteamericanos que, de antaño, pretendían reservarse el Istmo, y el rescate logrado en favor de la nación, de las líneas férreas que se hallaban bajo el dominio de empresas yanquis, líneas que integraron la Compañía de los Ferrocarriles de México.

Debe decirse que la literatura en favor de la tesis de Limantour es abundante y no exenta de argumentos parcialmente convincentes.

Limantour demuestra sorpresa e indignación —que no parecen fingidas— por la repetida movilización con un aparato impresionante, lo que, en su concepto iba enderezado a apresurar la renuncia del general Díaz, hiriéndolo en uno de sus puntos más vulnerables: su sensibilidad patria. El pretexto de Washington era muy conocido, y aún hoy, medio siglo después, sigue siendo aplicado por la diplomacia yanqui (el caso de Santo Domingo en mayo de 1965): la protección de los ciudadanos y de los intereses norteamericanos. Por otra parte, lo que hipócritamente se ostentaba como colaboración amistosa con el régimen combatido, o sea evitar la penetración de rebeldes y armamento al territorio nacional por la frontera norte, valía más

como guerra de nervios que como efectiva ayuda. También se habló, en ese mismo tono, de diplomacia del dólar, de supuestas maniobras militares para poner de relieve el adelanto del ejército norteamericano.

El envío de buques a los puertos mexicanos [opina Limantour], la distribución de las fuerzas en unos cuantos puntos de la frontera, el gran acopio de armamento y proyectiles, el enorme material de la Cruz Roja concentrado en Texas y otros muchos hechos que todos pudimos observar, demuestran la futilidad de estas últimas explicaciones. Pero tras del gobierno, o mejor dicho, del presidente y del secretario de Estado, quienes es posible que no hayan tenido intenciones muy belicosas, estaba la opinión general, tan poderosa de los Estados Unidos, y que notoriamente empujaba al gobierno en el sentido de una política exigente, reducida para unos a usar de medios pacíficos, y que según los más, debía apoyarse en la coacción militar. Estos últimos aumentaban cada día en número y actividad, y eran tan peligrosos como ellos, ciertos desapasionados que, ignorando nuestras condiciones económicas y político-sociales, deseaban la intervención en toda forma para establecer en México un orden de cosas que respondiera mejor a las ideas americanas sobre felicidad de los pueblos y bienestar material de las naciones, y quitar a la vez todo motivo de perturbación de la paz pública en nuestro territorio, muy especialmente en la zona vecina de los Estados Unidos, en la que se cometían tantos atentados.²²

Limantour asegura, fundado en informes que estima de buena fuente, que el embajador de los Estados Unidos, Lane Wilson, fue el promotor ante Washington de la movilización "como advertencia a nuestro gobierno". Reitera su convicción del desafecto yanqui y lo sitúa cronológicamente desde la conferencia Díaz-Taft en El Paso y Ciudad Juárez. Recuerda la oposición al paso de tropas federales por territorio yanqui y la autorización que, en cambio, sí concedieron después los Estados Unidos, en igual sentido, al régimen revolucionario, y, sobre todo, las

revelaciones hechas por la prensa, especialmente las del *New York Herald*, de 1914 sobre las escandalosas inter-

venciones y complicidades favorables a los trastornadores del orden público, de parte de funcionarios americanos, magnates de ferrocarriles y de petróleo, hombres influyentes en todos los ramos de actividad, que fueron una de las causas más eficientes de la violencia y de la prolongación de nuestras luchas intestinas.

En suma, puede decirse que el *gingoísmo* general, el imperialismo razonado de muchos, el idealismo y sentimentalismo de algunos, el apetito de lucro de los más, fueron los factores que en los Estados Unidos contribuyeron principalmente a que se alterara la buena opinión que de México se tenía, y a que se redujera considerablemente la simpatía de que disfrutaba en aquel país la administración del general Díaz.²³

Estas revelaciones y la indignación que le produce la actitud del gobierno norteamericano parecen ser pruebas suficientes para exonerar a Limantour siquiera de la sospecha de haber promovido la movilización para presionar la renuncia del general Díaz, como sus parciales han afirmado.

COMO ALGUNOS “científicos” han acusado a Limantour de con-fabulación con los Madero para forzar la situación política en favor del resultado final de los Tratados de Ciudad Juárez, y don Teodoro Dehesa, en carta dirigida a Limantour (enero 25 de 1912), lo considera “autor del origen principal de la Revolución (imposición de Corral) y como causante del súbito hundimiento de la situación pasada”, el aludido afirma que sólo con don Francisco Madero padre “llevó siempre buenas relaciones personales” derivadas de los negocios que éste iba a tratarle, en representación de su padre, don Evaristo —abuelo del jefe de la Revolución—, a la Secretaría de Hacienda; aunque estas relaciones —aclara— “por amistosas que fueran, nunca llegaron a ser íntimas”. Agrega que “en el colegio sólo conoció de vista a don Francisco I., [sic] el futuro héroe de la revolución”. Al tío de Madero, don Ernesto, dice que lo trató oficialmente por cuestiones de negocios en la propia Secretaría.

En demérito de Madero y de su causa, refiere que estando en París, en enero de 1911, en la carta que le escribió don Evaristo quejándose de las represalias que sufría en sus negocios,

culpaba de sus desventuras a su nieto, a quien llamaba “visionario” y de quien decía que “se ha metido a querernos redimir de nuestros pecados, como dice el Catecismo del Padre Ripalda; y todo ello dizque por revelaciones de los espíritus de Juárez o de no sé quién. . . .” “...Lo que sí puedo asegurarle bajo mi palabra de honor [proseguía el abuelo] es que nosotros no hemos dado ni un solo centavo, como dije antes, y que lejos de simpatizar con tal movimiento, lo reprobamos enérgicamente. . .” Limantour le contestó cortésmente, pero sin dejar de aludir a “las locuras de su nieto”, y lamentando los problemas de don Evaristo, pero sin comprometerse a nada.

A esta evasiva de Limantour, bien explicable, se debió quizá que don Francisco padre considerara necesario ir a buscarlo a Nueva York tan pronto como tuvo informes de su arribo. Después de reiterarle la situación descrita epistolarmente por su padre, entró en el tema de la revolución lamentando “ver a sus hijos Francisco y Gustavo cometiendo tantos desmanes”, de cuyo mal camino él trataba de apartarlos, y después de pedirle su intercesión ante el general Díaz para que cesaran los procedimientos fiscales confiscatorios, concluyó por sugerirle que influyese para acabar con la insurrección, pero de tal manera que los arreglos resultaran decorosos para sus hijos. Dice Limantour que le respondió que ninguno de los dos estaba autorizado para entrar en pláticas, a lo que replicó su interlocutor que él, Limantour, podía pedir instrucciones a México, para cuyo fin ya estaba previsto que el doctor Francisco Vázquez Gómez representara a su hijo y que con tal carácter se trasladara a Nueva York debidamente autorizado.

Es evidente que Limantour aceptó en principio iniciar pláticas informales, supuesto que no tardó en presentarse en Nueva York el doctor Vázquez Gómez, quien por el conducto de don Francisco Madero padre envió recado a don José Ives, rogándole que, por explicables escrúpulos, la cita no tuviera lugar en el Hotel Plaza, en donde paraba Limantour, sino en sitio diferente. Entonces Limantour, interesado en la entrevista, consiguió del embajador De la Barra —recién llegado de Washington— que ésta se efectuase en el Hotel Astor, en una de las salas de la *suite* reservada al diplomático mexicano.

La reunión se efectuó el 12 de marzo. Se presentaron con Vázquez Gómez don Francisco Madero y su hijo Gustavo, intrusión no prevista, según Limantour, que dice que lo contrarió y que, si la aceptó, fue bajo la condición de que éste último no intervendría en las pláticas y guardaría reserva sobre los asuntos tratados en ellas, exigencia difícil de cumplir como es obvio suponerlo. Así debió entenderlo Limantour, que era hombre discreto y de larga experiencia política. En este punto parece dudosa la veracidad de su relato.

Por la reseña que de la entrevista nos hace Limantour en sus *Apuntes*, se advierte que sus visitantes no fueron a proponer una transacción decorosa para Madero, como lo anunciaba su padre. Todo hace suponer que el objetivo de Vázquez Gómez, de acuerdo con sus acompañantes, fue dejar establecido en el ánimo de Limantour que la única condición posible para llegar a un arreglo eran las renunciaciones de Díaz y Corral, aunque haciendo aparecer que esa condición "era exigencia de los jefes del movimiento armado, sostenida por la opinión general", en vista de que la política impuesta por el general Díaz "era la que, en el fondo, había dado lugar a todos los males de que ellos se lamentaban".²⁴ Asegura Limantour que al escuchar tamaña exigencia interrumpió a su interlocutor

...para manifestarle que si había consentido en la entrevista era exclusivamente, como a él le constaba, con la esperanza de darle a conocer al presidente las pretensiones de los revolucionarios reducidas al *minimum* posible, y procurar encontrar un terreno en el que pudiera solucionarse en México el conflicto; pero que sería absurdo, y además indecoroso y contrario a mis deberes y sentimientos personales, admitir un solo instante la idea de que yo llevase o transmitiese al general Díaz semejante pretensión como la de la renuncia; y que, por consiguiente, si ellos, los revolucionarios, mantenían esa condición, yo por mi parte daba en el acto por terminada la conferencia. Don Francisco Madero, que no había dicho hasta entonces una sola palabra, se interpuso diciendo que no creía que el doctor hubiera suscitado ese punto como una exigencia de los Jefes revolucionarios, sino simplemente como un deseo de la mayor parte de ellos, y el doctor Vázquez Gómez confirmó lo dicho por Madero.²⁵

Por lo antes referido parece que Vázquez Gómez tuvo que condescender con la aclaración de Madero, porque había un abismo entre el tema originalmente propuesto para la entrevista y el desconcertante, pero deliberado anuncio del doctor, lo que dejaba a Madero en un serio predicamento con Limantour, a quien recientemente le había solicitado su intervención para salvar sus intereses. Empero, queda la posibilidad de que también en este caso Limantour no haya sido suficientemente veraz en esta parte de su relato. Ni una palabra dice de la interpelación que, según afirma Vázquez Gómez en sus *Memorias*, hizo a Limantour casi agresivamente, acusándolo de haber impuesto a Corral en la vicepresidencia, como dijo que el propio general Díaz se lo había revelado en Chapultepec, cuando Vázquez Gómez era médico de cabecera del presidente.

Finalmente, dice Limantour que, como insistió ante sus interlocutores en la inutilidad de tratar de imponerle condiciones al gobierno, y como Vázquez Gómez se empeñó en sostener sus puntos de vista, concluyó por pedirle que le enviara un *memorandum* en que se consignaran las pretensiones de los insurgentes, con la promesa de transcribirlo telegráficamente a México. En ese *memorandum*, que se reproduce en los *Apuntes*,²⁶ no figura ya la condición de la renuncia del general Díaz, sólo la de Corral, la de los gobernadores de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Zacatecas, Yucatán, Puebla, Guerrero, Hidalgo, México y Guanajuato, y la dimisión de los secretarios de Gobernación, Justicia, Instrucción Pública, Fomento y Comunicaciones, que debían ser sustituidos por "personas ajenas a la política activa". Se exigía también una reforma a fondo de la ley electoral, que garantizara el voto popular, y la de la Constitución General de la República, estableciendo en ella el principio de la no reelección absoluta del presidente y vicepresidente, de los gobernadores y de los presidentes municipales. El *memorandum* iba acompañado de una carta, en la que Vázquez Gómez separadamente encarecía a Limantour la necesidad de la dimisión del general Díaz, porque, de lo contrario "quedará la preocupación, la intranquilidad de que a su muerte puedan volver las revoluciones". Curándose en salud, su autor advierte en esta carta,

destinada a ser leída por el presidente, que “como para los revolucionarios el gobierno es el general Díaz” teme que si no accede a renunciar habrá una “negativa redonda” para lograr una transacción.

Como posteriormente al derrumbe del régimen, Dehesa y varios “científicos” lanzaron a Limantour el cargo de que “al llegar a México de regreso a Europa traía los fermentos de una paz iniciada en Nueva York”, y el de “las humillaciones que el gobierno del general Díaz sufrió con los convenios de Ciudad Juárez”, Limantour se cuida de aclarar que hizo que Vázquez Gómez rectificara las palabras “arreglo” o “convenio”, cuando en el curso de las conversaciones hacía uso de estos términos, objetándole siempre “que no había ni podía haber ningún convenio o arreglo”.

Salta a la vista, desde luego [—dice Limantour—], el vivísimo deseo de poder anunciar a toda voz que el gobierno de México entraba en arreglos de paz con los revolucionarios, y esto se pedía seguramente, más que por otros motivos, el de obtener del gobierno de Washington que los considerara como “beligerantes”. Llama también la atención el desembarazo con que se habla en ellas de la renuncia de los gobernadores de algunos estados, y del nombramiento de los gobernadores interinos que las Legislaturas *deberían* escogerlos entre los candidatos que propusiera el partido antireeleccionista.²⁷

Algo de lo que mayores tropiezos causó posteriormente, cuando el gobierno ya había designado al licenciado Francisco Carvajal su representante oficial en las conferencias de Ciudad Juárez, fue la exigencia de la remoción de los gobernadores y la designación de los sustitutos por las legislaturas correspondientes. Esta exigencia, dentro de la situación de un régimen que, aunque negocie la paz, conserva aún el orden jurídico de la nación, debía considerarse como un golpe de Estado que el propio régimen se asestaba a sí mismo. Una violenta sustitución de autoridades puede explicarse y hasta justificarse en un país donde ha desaparecido el orden legal: y no habiendo gobierno, la facción triunfante necesita dársele como primer paso para volver

a la normalidad. Muy en lo justo está Limantour al reprobar tal exigencia del doctor Vázquez Gómez, dada la flagrante contradicción que existe entre el clamor revolucionario por sostener el imperio de la legalidad y establecer como condición de la paz un atentado contra los principios constitucionales; ni siquiera podía servirles de exculpante la convicción de que el régimen hubiera sido poco escrupuloso con la ley.

Dice Limantour que, fiel a su promesa, transcribió telegráficamente el *memorandum* del doctor Vázquez Gómez al general Díaz. Considerando inadmisibles las condiciones propuestas, el presidente le contestó que “dejara las cosas en ese estado” y regresara a México. Salió de Nueva York el 15 de marzo. Cuando llegó se interesó porque se echaran a andar las reformas solicitadas, las que resultaron de efectos tardíos, principalmente la constitucional, porque para que tuviera valor legal se requería la ratificación de cuando menos la mitad más una de las legislaturas locales.

Logrado esto y estando ya preocupado el general Díaz e inquieto y nervioso por el progresivo avance de la Revolución en el Norte y en los estados de Guerrero y Morelos, comisionó a don Oscar Braniff y al licenciado Toribio Esquivel Obregón para que “por su cuenta y riesgo” fueran al Norte a conferenciar con la Junta Revolucionaria llevando el argumento de que el régimen ya había iniciado las reformas sugeridas por la Revolución, con lo que se tuvo el falso miraje de neutralizarla.

Síntoma de que el presidente continuaba desasosegado fue su empeño en tener una entrevista con don Ernesto Madero, tío del caudillo, lo que resultaba una imprudente festinación, cuando todavía no llegaban a Ciudad Juárez Braniff y Esquivel y se estaban expidiendo al doctor Vázquez Gómez algunas sugerencias por conducto de nuestro embajador en Washington. El general Díaz deseaba que don Ernesto, informado de cuanto hacía y seguiría haciendo el régimen por complacer a los insurgentes—incluso en el caso de la sustitución de gobernadores— se convirtiera en su ardiente adalid ante la Junta Revolucionaria. Dice Limantour que encarecidamente le dijo:

Deseo que usted lleve a su sobrino las seguridades que le doy de que entregaré el poder tan pronto como logre yo la pacificación del país, que es la obra a que los más sagrados deberes y mi dignidad personal me obligan a consagrarme, y que espero para evitar el cataclismo nacional que nos amenaza del Norte, me facilite la tarea, no poniéndome en el compromiso de sofocar por la fuerza la insurrección, sino, al contrario, sometiéndose él y los demás jefes cuanto antes al gobierno, en el que no tardarán en tomar toda la participación que la voluntad del pueblo quiera darles.²⁸

Esta fue la primera promesa que el presidente Díaz hizo de entregar el poder, pero bajo la condición de la previa pacificación del país, lo que se podría intentar de dos maneras: sometiéndose Madero —lo que a esas alturas resultaba ya utópico— o mediante el arreglo de un armisticio. El general Díaz todavía confiaba en la primera solución, y aun se atrevía a amenazar, si su propuesta no era aceptada, con “sofocar por la fuerza la insurrección”. Eran los últimos vestigios, ya ineficaces, en la psicología del caudillo, de la política de “pan y palo”.

Pinta Limantour con realismo la impresión que al llegar a México le causaron los dos grandes sectores en que podía dividirse el país, considerados como fuentes de opinión pública: por un lado observó que entre los grupos todavía adictos al general Díaz, tolerantes o conformes con su política, había cundido el desaliento, y esto pudo comprobarlo desde el Norte al hablar confidencialmente con los generales Gerónimo Treviño y José María Mier; y entre los grupos francamente hostiles al régimen o que anhelaban un cambio radical en la situación —sin importarles mucho cuál fuere—, advirtió el deseo ardiente de que la Revolución triunfara. Dice que las personas que fueron a alcanzarlo cerca de la estación de San Luis Potosí le confiaron que al general Díaz le preocupaba, más que defender la situación con las armas, justificarse ante Madero para lograr su desistimiento como rebelde y que por eso se había hecho “el propósito de ir alejando de los puestos y negocios públicos a los hombres más caracterizados del *grupo científico*”. Con este testimonio Limantour parece querer dejar establecido que, en esa línea de conducta, el general Díaz obró independientemente a toda in-

fluencia; en consecuencia —afirma— la resolución de separarse de la política y quedar en libertad de acción, fue tomada por todos en el mismo tren que de San Luis los condujo a México. ¿Quiso de este modo explicar Limantour por qué procedió a la remoción de los ministros del gabinete sin haberles siquiera prevenido?

Añade que al entrevistarse en México con el presidente Díaz obtuvo de sus labios la confirmación de sus temores, y que a él le fue confiada la triste comisión de pedirles a los secretarios de Estado, excepto al general González Cosío, ministro de la Guerra, la renuncia de sus puestos. En su propia defensa —por haber él permanecido en Hacienda— dice que al comunicarle al general Díaz su resolución de dimitir, le contestó el presidente con una negativa cortante, que la situación personal suya la discutió con él “durante tres días, por la mañana, por la tarde y por la noche” y que tuvo que aceptar su decisión cuando en un tono en el que era difícil saber si lo dominaba “el resentimiento, la inquietud o el enojo”, le dijo que el hecho de dejar en esos momentos la cartera debía considerarlo “como una puñalada por la espalda”; y que Limantour había palpado que se le esperó en México con los brazos abiertos, como el hombre capaz de influir poderosamente en resolver la crisis; entonces —dice— le pidió al general Díaz aplazar su resolución por unas horas para informar, entretanto, a sus amigos y pedirles consejo, empresa en la que asegura que no tuvo éxito, porque unos opinaron que rechazara la oferta y otros simplemente se abstuvieron de darle consejo.

La ilusión de que podía hacer algo de provecho [—dice—], valiéndome de los informes que había recogido, así como del apoyo de una parte de la opinión pública ilustrada que me era favorable, y aprovechando la oportunidad única que se presentaba de realizar algunas reformas que desde años atrás me parecían indispensables y a la vez susceptibles de contribuir a la pacificación del país, en mucho infuyó, de consuno con otras reflexiones de interés general, para que al fin accediera yo a lo que se me pedía; pero no podría yo asegurar, escudriñando bien mi conciencia, que los sentimientos de afecto, gratitud y leal-

tad hacia el general Díaz, no fueran los factores predominantes en mi ánimo para resolverme a asumir la más terrible responsabilidad de toda mi vida. ¡Que los que estimen en poco estos sentimientos me condenen sin piedad! De los demás espero que cuando menos me concedan circunstancias atenuantes.²⁹

Objeta tesoneramente la imputación de haber sido el jefe del "partido científico", reseña cómo y por qué se fundó ese grupo, explica que siempre que hubo oportunidad negó públicamente la versión, y concluye con que, siendo falsa tal aseveración —en ciertos casos sostenida de mala fe—, en consecuencia, la inculpación que se le hace carece de valor.

Mi participación en lo que pudiera llamarse política del grupo fue muy secundaria y casi siempre accidental. Se manifestaba en simples conversaciones con unos cuantos amigos que no siempre erran los mismos, y en las cuales lo que se decía o convenía, todo sin formalidad alguna, no tuvo ni la menor apariencia de discusiones o resoluciones de un grupo que se propusiera seguir su propia línea de conducta.³⁰

Luego entra Limantour a aclarar uno de los casos más debatidos: dice que la designación del licenciado De la Barra como Secretario de Relaciones y, por ende, como sustituto legal del general Díaz en el caso de la ya prometida dimisión, era un compromiso arreglado por el presidente desde antes de que él llegara a Nueva York a su regreso de Europa. Y como varios comentaristas —entre ellos insistentemente el licenciado Manuel Calero— aseguran que por ambiciones de suceder a Díaz intrigó para que éste cambiara su decisión, colocando a Limantour en Relaciones y dejando a De la Barra en Washington o dándole otra cartera, afirma Limantour que, muy lejos de suceder así las cosas, cuando el general Díaz insistentemente le propuso este movimiento ministerial "para marcar mejor el cambio de política que iba a inaugurarse", se negó también a darle su asentimiento; añade que para encarecerle al presidente la conveniencia de ese cambio, fueron a verlo los ya futuros dimitentes, Enrique C. Creel —a la sazón, titular de Relaciones— y el secretario de Fomento, don Olegario Molina.

La afirmación de Limantour está respaldada por una amplia carta de Creel al escritor don Victoriano Salado Álvarez, en la que Creel le recuerda la polémica habida con Calero, motivada por la publicación de *Un decenio de política mexicana*, y por los conceptos categóricos de Salado desmintiendo a Calero, en carta que dirigió a éste y que hizo pública, sobre la supuesta intriga de Limantour para asegurarse la presidencia provisional. En la propia misiva de Salado Álvarez a Calero interpela a Creel y a Molina para que digan si hubo o no la consabida intriga. Creel contesta la interpelación, dirigiéndose a Salado en los términos siguientes:

...tengo el deber de contestarla diciendo la verdad de lo que yo sé de una manera clara y terminante, aceptando de lleno la responsabilidad que de mis actos me corresponda...

Para el Ministerio de Relaciones se necesitaba un hombre superior, a mí me pareció que la persona indicada era el señor Limantour. Así se lo propuse a mi excelente amigo el señor licenciado don Joaquín Casasús y lo invité para que procuráramos la importante cooperación del señor licenciado don Olegario Molina para intentar aquella combinación, llevando el convencimiento al señor presidente y al mismo señor Limantour. Así lo hicimos. El señor don Olegario Molina fue quien apoyó el proyecto cerca del señor general Díaz, quien estuvo conforme y de allí surgió la orden de suspender el viaje del señor De la Barra.

Tan pronto como el señor Limantour supo de lo que se trataba, se opuso enérgicamente, fue a hablar con el presidente, y consiguió que se ordenara al señor De la Barra que continuara su viaje a México, y a nosotros nos dio sus razones y nos repitió lo que muchas veces nos había dicho, que era financiero, que se creía capaz de desempeñar como buen administrador la Secretaría de Hacienda; pero que no era político, y que no quería llegar a la presidencia de la República.³¹

En otro aspecto muy importante, como fue el de las reformas políticas del régimen, anunciadas por el general Díaz en el Informe rendido al Congreso el primero de abril, confiesa Limantour que él fue quien las sugirió al presidente, contraria-

mente a quienes opinaban y aconsejaban que reprimiera con dureza la insurgencia, desechando todo propósito de hacer concesiones a la Revolución.

A esta actitud de Limantour —que él asegura inspirada en la mayor buena fe— se debió que los mismos amigos del general Díaz, entre ellos Dehesa, lo consideraran “autor del origen principal de la Revolución y como causante del súbito hundimiento de la situación pasada”.

Puede haber sido sincera la conducta de Limantour, nacida de sus investigaciones sobre la verdadera situación militar del país: dice que los batallones estaban incompletos, a veces reducidos a la mitad de su efectivo en pie de paz, carecían de la dotación normal de parque, había falta de unidad de mando, porque mientras el general Díaz dirigía las operaciones militares desde Chapultepec, el general González Cosío daba órdenes desde la Secretaría de Guerra, ignorando muchas veces las del presidente, de manera que a veces se dictaban providencias contradictorias; que como a los jefes de columna se les impedía la iniciativa y estaban sujetos a las órdenes que expedía México “con pocas excepciones daban pruebas de incapacidad o falta de experiencia” y que, en fin, “las órdenes y contraórdenes daban motivo a una serie de marchas y contramarchas” que causaban trastornos a los soldados y los desalentaban.

Observó que el gobierno se veía obligado a desgarnecer algunas plazas importantes y a vigilar las líneas férreas, lo que le impedía disponer de los efectivos suficientes para contener el avance de la insurrección. Entonces propuso la creación de nuevos batallones y regimientos; la organización de hasta diez cuerpos de policía rural destinados a la vigilancia de las comunicaciones ferroviarias, de tal manera que las tropas en número suficiente pudieran destinarse a las necesidades primordiales de la campaña, y finalmente, que con urgencia se excitara a los gobernadores de los estados para el inmediato levantamiento de fuerzas auxiliares, cuyos haberes cubriría la federación, pero dice que, a despecho de que se le prometió tomar urgentemente las medidas propuestas, su ejecución se demoró inexplicablemente, y que cuando se dispuso el gobierno a proceder ya era demasiado tarde.

Esta situación coincidió con los visibles síntomas de decrepitud del general Díaz, que se manifestaba principalmente en sus lagunas amnésicas, resultado del exceso de trabajo, de sus preocupaciones y de sus insomnios. No obstante, dice Limantour que no perdió su gran perspicacia y que "algunas más de sus dotes excepcionales se conservaban todavía casi intactas".

Los que vivimos en su derredor en esa época angustiosa pudimos observar muy de cerca, y día a día, el tristísimo fenómeno de una brillante inteligencia que seguía luchando, por momentos con buen éxito, pero casi siempre vencida a la postre, contra espesos nubarrones que sin cesar se aglomaban sobre ella para oscurecerla. Mas no me di bien cuenta en los primeros días de mi regreso, de lo mucho que había progresado el mal, hasta que, agravándose a pasos rápidos por la creciente actividad y mayor tensión nerviosa que motivaban los acontecimientos, se presentó en toda su magnitud e intensidad la amenaza del cataclismo que ya pendía sobre la nación.³²

Las fallas de la memoria eran frecuentes y resultaban peligrosas, porque, olvidándose el presidente de una orden expedida por él, al día siguiente o antes daba otra en sentido diverso o contrario. Hubo casos en la remoción de gobernadores en que ofreciera su apoyo en el mismo día a candidatos políticamente enemistados. Asegura Limantour que en el caso de Guerrero llamó al gobernador de esa entidad para conferenciar sobre la política local, y en las mismas veinticuatro horas alentó a un abogado guerrerense radicado en México, ajeno a la política de su entidad, para que se trasladara a Chilpancingo a preparar su acceso al poder, al mismo tiempo que autorizaba a un viejo y desacreditado político para que fuera a conferenciar con la Legislatura local y gestionara su exaltación a la primera magistratura de aquel Estado.

PUNTO DE VISTA discutible, pero sobre el que pueden hacerse exploraciones parcialmente reivindicadoras, es el que sostiene don José Ives al negar que el levantamiento de Madero tuviese conexiones o vínculos con el latifundismo, con el abandono del indio, la explotación inconsiderada del trabajo del

campo o del taller, la situación de privilegio de los extranjeros ricos y de los mexicanos influyentes, argumentos que llama "cantinelas por el estilo", con los que se forjó la leyenda negra del porfiriato. Sí reconoce que hubo desigualdades sociales, pero dice que como las hubo y las hay en todas partes, y asegura que los males que más se han explotado por los panegiristas de la Revolución nos fueron heredados de antaño. Por supuesto que el caso, considerado en bloque es muy discutible, pero no puede negarse que las raíces del latifundismo vienen desde la Colonia y proliferaron en la época de la Reforma a merced de la desamortización de los bienes de duración perpetua (propiedades rurales del clero y tierras comunales), bienes que fueron absorbidos por las clases económicamente capacitadas, con lo que se exacerbó el viejo problema de la mala distribución del agro, convirtiéndose en un signo de malestar más angustioso que durante el régimen colonial; es cierto también que las *tlapixqueras* y tiendas de raya fueron corruptela de las generaciones anteriores al advenimiento del régimen tuxtepecano; igualmente las desconsideradamente largas jornadas de los trabajadores, la obligación de obreros y empleados particulares de laborar sin recompensa durante los domingos y días inhábiles del calendario cívico; indiscutible que la huelga estaba jurídicamente equiparada a cualquier acto punible de rebeldía, y sancionada como delito; irrefutable que antes del general Díaz hubo privilegios, y aunque no consagrados por la ley, sí de hecho efectivos, y que en la política mexicana los funcionarios han tenido y tienen una influencia que generalmente rebasa la órbita de sus actividades oficiales, frente al ignaro, al económicamente desvalido, imposibilitado de hacerse oír en las altas esferas políticas o administrativas por la sola voz de su ciudadanía.

Pero no puede negarse que las demandas de tierra y la semi-esclavitud en que se encontraban el trabajador del campo y del taller, en beneficio de hacendados y empresarios industriales, contribuyeron notablemente a engrosar las filas de los descontentos a la hora de la insurgencia e hicieron atractiva la Revolución, simplemente porque prometía —aunque no hu-

biera ofrecido algo más— un nuevo orden, después de más de treinta años de estar administrado el país por los mismos hombres y sistemas.

DESPUÉS DE FINTAS, tanteos y escaramuzas verbales, dice Limantour que las primeras bases serias para un armisticio temporal de 15 días fueron las que el doctor Vásquez Gómez envió al licenciado De la Barra a Washington, el 27 de abril, con súplica de que nuestro embajador las despachara a México para su consideración, bases que se aceptó discutir, en vista de que en ellas no aparecía aún la exigencia de la renuncia previa del general Díaz, y porque era necesario “calmar la efervescencia norteamericana, que se traducía cada día en una actitud más desfavorable para nosotros”. Aceptadas las bases, el gobierno de México ordenó al general Navarro la suspensión de hostilidades, cuando sus fuerzas estaban sitiadas por los revolucionarios en Ciudad Juárez. Desde allí en adelante dice Limantour que “comenzaron las verdaderas negociaciones de paz”. Admite que comienza también su intervención en las negociaciones como representante del presidente, para lo que le fue necesario dar forma legal a esa representación gestionando de las dependencias respectivas los acuerdos pertinentes.

Igualmente admite que, en vista de que las medidas de reclutamiento y aumento de los efectivos del ejército y de los cuerpos rurales, su reorganización, dotación de parque, etc., que él había propuesto, serían frutos que, en todo caso, se recogerían después de largo tiempo, aceptó que “se entrara francamente por el camino de las negociaciones directas y oficiales con Madero”, para lo que dice que influyó mucho el que, en lugar de remediarse los males y enmendarse los errores, unos y otros se agravaban, sin que ya hubiese la menor posibilidad de dominar la insurrección. De tal manera, pues, que con la más absoluta y amplia delegación de sus facultades, Limantour entró al terreno de las negociaciones del armisticio, negociaciones que, de hecho, sólo vinieron a confirmar la beligerancia reconocida por el régimen a la Revolución, porque, según él afirma, estaban condenadas al fracaso desde el punto de vista de

las ventajas que de dichas negociaciones pudiera obtener el gobierno.

A mayor abundamiento, recuerda que tres de las condiciones o exigencias impuestas habían sido ya satisfechas: la reforma constitucional proscribiendo la reelección, la expedición de una ley electoral que garantizara la efectividad del voto popular, y la sustitución de los titulares del gabinete —salvo las excepciones admitidas— por personas sin ingerencia anterior en la política activa, lo que demostraba que la Revolución, con violencia o sin ella, estaba camino del triunfo.

Fue hasta entonces cuando salió para Ciudad Juárez el licenciado Francisco Carvajal, ministro de la Suprema Corte de Justicia, con la representación oficial del gobierno para intervenir en las negociaciones de paz. De su parte, Madero nombró al doctor Vásquez Gómez, a don José María Pino Suárez y a don Francisco Madero padre.

Uno de los escollos para que caminaran las negociaciones fue que, como era de esperarse, se presentó la inevitable cuestión de la renuncia del general Díaz. El gobierno se mostró rehacio en este aspecto, pero no intransigente, porque de lo contrario habría retirado su representación y dado por concluidas las pláticas, para pasar a responder en el terreno militar; lo que no ocurrió, dejando así la puerta abierta a posteriores arreglos. Como el gobierno terminó por convencerse de que ya resultaba ineficaz el recurso de amenazar a la Revolución con la fuerza, el 7 de mayo se publicó el *Manifiesto a la Nación*, suscrito por el general Díaz, y redactado en parte por el licenciado Rosendo Pineda y en parte por Limantour. La minuta fue discutida y aprobada en Consejo de Ministros.

Estos fueron los conceptos fundamentales del *Manifiesto*:

El presidente de la República, que tiene la honra de dirigirse al pueblo mexicano en estos solemnes momentos, se retirará, sí, del poder, cuando su conciencia le diga que al retirarse no entrega al país a la anarquía, y lo hará en la forma decorosa que conviene a la nación, y como corresponde a un mandatario que podrá, sin duda, haber cometido muchos errores, pero que también ha sabido defender a su patria y servirla con lealtad.³³

Empero, debe repararse en lo que el propio Limantour confiesa: el sentido con que el general Díaz quiso que se redactara aquel documento no fue el que se le dio, forzándose así la situación política y violentándose la crisis. El presidente había ordenado que se convocara “al pueblo a tomar las armas en defensa del orden público, de las instituciones y del gobierno establecido, en la inteligencia de que si la Nación no le dispensaba su confianza, como lo había hecho en otras ocasiones de su vida, dejaría la presidencia”.³⁴

De donde se deduce que Limantour dejó soltar la promesa de la dimisión con la sola condición de quedar restablecido el orden, condición completamente asequible a los revolucionarios con el cese del fuego. No se habló de entrega de las armas ni de licenciamiento, sino hasta que se firmaron los Tratados de Ciudad Juárez y estaba comprometida públicamente la renuncia del general Díaz.

El *Manifiesto*, reproducido por los diarios de la capital de la República y transmitido por los corresponsales nacionales y extranjeros a los estados y a los principales periódicos norteamericanos y europeos, se difundió rápidamente y dio a los revolucionarios la convicción de su triunfo.

Analizando la frase “cuando su conciencia le diga”, se advierte que esta condición teórica no pudo tener ni siquiera para el general Díaz el valor que se le pretendió dar en el *Manifiesto*, es decir, de un acto *ad libitum*, sujeto a su criterio, porque muy pronto los hechos vinieron a forzar la situación, y lo que aparecía condición impuesta por el poder se tornó en un hecho obligado.

De ser ciertos los siguientes conceptos de Limantour, ellos vienen a demostrar que cuando apareció la crisis política, estaba su voluntad por encima de la del presidente, y que el funcionario dueño de la situación, por delegación voluntaria del caudillo oaxaqueño, la resolvió como lo creyó más conveniente para bien de la nación, suponiendo, sin conceder, que haya obrado sólo inspirado en el bien general:

Es muy posible que no falten escritores aun de aquellos que presenciaron los acontecimientos de aquellos días terribles,

que disientan de mi modo de apreciar la situación en que se vio al último el gobierno, y me reprochen el hecho de haber contribuido a determinar de una vez al general Díaz a dar el último paso de su carrera pública contra la opinión de algunas personas que lo rodeaban muy de cerca y que procuraron convencerlo de que debía permanecer a todo trance en su puesto; pero los que veíamos acumularse constantemente nubarrón sobre nubarrón en el horizonte político, y previmos la tempestad arrolladora que a la postre habría obligado inevitablemente al jefe del estado a ceder, la conclusión inmediata de la guerra civil se nos impuso como el más sagrado e imperioso de todos los deberes, y para alcanzar ese objeto no cabía más recurso que el de entregar las riendas del gobierno al vicepresidente designado por la ley.³⁵

Funda esta decisión, que selló la suerte del régimen, en la convicción de que ni con “las dotes incomparables de gobernante y de jefe militar”, ni con su prestigio, aunque amenguado, “ni contando con tropas fieles y aguerridas, armas, municiones y dinero habría sido posible ya a principios de mayo apagar el incendio”, y tremenda sería entonces la responsabilidad ante la nación y el mundo por haber derramado la sangre hermana y agotado los recursos del país en una lucha civil, cuya prolongación muchos habrían interpretado como el afán de conservar el poder.

El licenciado Rodolfo Reyes, que en política figuró como enemigo irreconciliable de Limantour, al interpretar los hechos anteriormente descritos, opina que en él no hubo ni deslealtad ni traición para el general Díaz. Cree que cedió por “flaqueza de espíritu”, por salvar su obra financiera o por cualquier otro motivo. Pensó que, por sus relaciones con los Madero, podría operar como un “moderador del ímpetu revolucionario”, pensando erróneamente que Madero era la Revolución.

Recuerda Reyes que el licenciado Pablo Macedo, uno de los más destacados “científicos”, le refirió que en el momento de la crisis le plantearon varios “limantouristas” al influyente político la necesidad de enfrentarse resueltamente a la situación, teniendo en cuenta

el estado valetudinario y casi incapaz en que se encontraba el general Díaz y a la enfermedad incurable del señor Corral. Pero Limantour [añade] no era hombre para este género de actitudes, y él, eje de la política porfirista durante tantos años, hombre incuestionablemente de cultura y capacidad superiores a todas las de los que rodeaban al presidente, bandera de un grupo de hombres selectos que, de un modo o de otro, fue factor decisivo para la caída del régimen, iba a tener el triste y doloroso destino de ser el que entregara la situación, exponiéndose a que el porfirismo intransigente y agónico lanzara sobre él el peor de los anatemas, que repito que para mí es injusto.³⁶

Casi al final de sus *Apuntes* Limantour parece dejar entrever un motivo un tanto egoísta —como él mismo lo juzga— que contribuyó a determinar su conducta y que ya insinuaba el licenciado Reyes: su inmensa responsabilidad si la ciudad de México, tomada a sangre y fuego, hubiera sido víctima de un saqueo general, y el peligro, con graves implicaciones de sospecha en contra suya, si en medio de la violencia y la depredación, los \$ 63 044 873.96, de aquellos pesos porfirianos —cuyo valor actual se obtendría multiplicando su valor nominal cuando menos por la cifra de 25—, que eran la reserva en oro de las arcas nacionales “se hubieran evaporado antes de que se echaran encima de ella la plebe y los bandoleros, que generalmente se incorporan a los vencedores”.

Y termina preguntando con esta interrogación, cuya prevista respuesta parece tranquilizarlo: “¿No era más digno para un gobierno honrado y bien organizado como el del general Díaz entregar pacíficamente y en debida forma al sucesor legal los sesenta millones disponibles que existían en las cajas de la administración?”

En las últimas páginas de su libro alude Limantour a la proposición que recibió del presidente provisional, De la Barra, respaldada personalmente por el propio Madero, para su ingreso al nuevo gabinete, proposición que dice que declinó tomando en cuenta su criterio político, que habría de chocar con las ideas de los vencedores, el papel que desempeñó en la preparación de las negociaciones de paz, su “identificación con el general Díaz” y su vieja resolución de alejarse de la política.

Le interesa dejar aclarado, tratando de dar un mentís al doctor Vásquez Gómez —al que se refiere como uno de los “prohombres de la Revolución”—, sin citar su nombre, lo que considera producto de su malévola imaginación, cuando éste comisionó a “un amigo suyo” —se trata de don Manuel Amieva— para que se acercara al general Díaz, denunciara a Limantour de estar haciendo un doble juego político y le advirtiera premonitoriamente que su permanencia en el ministerio obtenida de acuerdo con Madero, “era el principal obstáculo para la pacificación”. Limantour asegura que la intriga no prosperó; en cambio, Vásquez Gómez atribuye a esta revelación un valor casi decisivo en la conducta posterior del general Díaz.³⁷

Finalmente, el ilustre economista del porfiriato pone punto final a sus *Apuntes*, confirmando lo acertado del proloquio popular que dice que “no hay mal que por bien no venga”. Al referirse a las bases de los Tratados de Ciudad Juárez y a sus bien conocidas consecuencias, destaca lo que considera su único ángulo bueno: que no habiendo habido mutuo acuerdo ni compromiso alguno en la transmisión del poder, entre el régimen extinto y la Revolución triunfante —el provisionalato del licenciado De la Barra fue un hecho simplemente de orden legal—, los hombres que representaban el viejo orden pudieron quedar libres de responsabilidad moral ante la posteridad, descargándola toda en los jefes de la insurgencia maderista.

NOTAS

¹ José Ives LIMANTOUR, *Apuntes sobre mi vida pública (1892-1911)*, México, Porrúa, 1965 (Obras Básicas para la Historia Política de México), p. 244.

² *Op. cit.*, p. 106

³ *Op. cit.*, p. 109.

⁴ *Op. cit.*, p. 123.

⁵ *Op. cit.*, p. 126.

⁶ *Op. cit.*, p. 131.

⁷ *Op. cit.*, p. 133.

⁸ *Op. cit.*, p. 135.

⁹ *Op. cit.*, p. 136.

- 10 *Op. cit.*, p. 138.
- 11 *Op. cit.*, p. 140.
- 12 *Op. cit.*, p. 149.
- 13 *Op. cit.*, p. 152.
- 14 *Op. cit.*, p. 152.
- 15 *Op. cit.*, p. 157.
- 16 *Op. cit.*, p. 163.
- 17 *Op. cit.*, p. 179.
- 18 *Op. cit.*, p. 181.
- 19 *Op. cit.*, p. 184.
- 20 *Op. cit.*, p. 188.
- 21 *Op. cit.*, p. 189.
- 22 *Op. cit.*, p. 200.
- 23 *Op. cit.*, pp. 203-204.
- 24 *Op. cit.*, p. 215.
- 25 *Op. cit.*, p. 216.
- 26 *Op. cit.*, pp. 217-218.
- 27 *Op. cit.*, p. 220.
- 28 *Op. cit.*, p. 227.
- 29 *Op. cit.*, p. 234.
- 30 *Op. cit.*, p. 236.
- 31 *Op. cit.*, p. 245.
- 32 *Op. cit.*, p. 258.
- 33 *Op. cit.*, p. 298.
- 34 *Op. cit.*, *Ibid.*
- 35 *Op. cit.*, p. 298-299
- 36 Rodolfo REYES, *De mi vida*. Vol. I, pp. 132-33.
- 37 Francisco VÁSQUEZ GÓMEZ, *Memorias*.